

**NUESTRO PRIMER REDACTOR**

**don Alejandro Silva de la Fuente**

En esta misma columna, enaltecida durante veinticinco años por la pluma del gran periodista, que es el señor don Alejandro Silva de la Fuente, redactor principal de este diario, debemos ahora, anunciar al público que este distinguido escritor ha obtenido su jubilación después de más de treinta años de servicios periodísticos.

Hemos retardado hasta hoy este anuncio, porque consideramos que el señor Silva de la Fuente no se ha ido ni se irá del todo de esta casa, donde se le quiere y se le admira. Abandona, es cierto, la redacción principal; pero, como este oficio de periodista imprime carácter, el hombre de letras continuará colaborando en estas páginas, es decir, ilustrándolas con sus profundos conocimientos económicos, su estilo claro y elegante, impregnado, a la vez, de sabor clásico y de buen gusto literario moderno y que le ha servido para envolver magníficamente el sereno y agudo discurrir de sus doctrinas, observadas con inalterable sinceridad a través de su laboriosa vida de publicista.

No es fácil conservar el prestigio de la columna editorial de un diario, con el extraordinario brillo y talento con que el señor Silva de la Fuente lo ha hecho entre nosotros. El director de un gran diario norteamericano ha definido el editorial con estas palabras: es una palmada que el periodista da todas las mañanas en la frente de sus lectores. Así ha procedido nuestro redactor principal, y su palmada, golpe sereno y certero, fué siempre a tocar la frente de nuestros lectores. De ahí que sus opiniones logran ser consideradas como indiscutibles en un vasto círculo de la opinión más distinguida del país.

Dos tendencias fundamentales definen su temperamento de hombre de estudio, mejor dicho, dos pasiones nobles, han vibrado intensamente en su alma, alentando su espíritu público, forjado al calor de viejas tradiciones: su amor hacia las ciencias económicas y su afición por los estudios constitucionales. Educado en la escuela de Zorobabel Rodríguez, —de quien ha escrito una hermosísima y nutrida biografía— el señor Silva de la Fuente se ha destacado, en este cuarto de siglo, como uno de los más expertos tratadistas de economía política, que en todo momento supo seguir la evolución de las ideas económicas de acuerdo con las necesidades de los tiempos actuales. Sus editoriales de este género, quedarán en la prensa chilena como modelos de exposición clara, de amenidad, de elegancia en el estilo y solidez en el concepto. Ha demostrado en ellos el señor Silva de la Fuente una cualidad preciosa y rara, que no es común entre nosotros, el talento singular para exponer y dilucidar intrincadas materias, de suyo áridas y por demás complicadas. Por su claridad y agilidad expositiva, su labor periodística, de comentador de la actualidad financiera, fuese transformando en la de un hábil y docto vulgarizador de sanos principios, que despertaba amor por tales estudios.

Lo mismo hay que decir de sus artículos sobre problemas constitucionales. Profundamente leído, comentador apasionado de los más ilustres tratadistas norteamericanos e ingleses sobre semejantes materias, sus observaciones aparecían llenas de doctrina, de interés, poniendo en evidencia su penetrante visión de los acontecimientos sobre los cuales pronunciaba juicios definitivos: la Constitución de 1833. —es preciso decirlo— no ha tenido un defensor más ilustrado y más constante.

Luego, el tono elevado y ponderado de sus reflexiones, un tono realmente caballeresco, ha sido otra de las características sobresalientes de su cotidiana labor crítica. Jamás descendió el señor Silva de la Fuente al ataque personal o a la defensiva mezquina de intereses circunstanciales o de círculos; servía los grandes intereses nacionales, colectivos, animado de verdadero espíritu público, tal como correspondía a su reconocida grandeza de alma. En los párrafos finales de su discurso de incorporación a la Academia Chilena, se leen algunas palabras que pintan bien su carácter, cuando habla de las graves responsabilidades que gravitan sobre el periodista. El señor Silva de la Fuente sintió en todo momento aquellas responsabilidades, y ellas dieron una segura y triunfadora orientación a sus grandes campañas de prensa.

Hemos dicho ya, que en esta casa

**Corpus**

La fiesta del Corpus Cris algo más que una fiesta. No un acto religioso, sino también que pudiéramos llamar para el sello definitivo de la caridad.

Porque esa fuerza de caridad, que el mundo, no sólo viene del "Amor", sino ante todo, del amor infinito que se ofrece a los hombres en la forma de la eucaristía y les alimenta y les conforta.

El mundo necesitaba aprender a amar. Antes del "pan divino", no llega a ser el amor.

Después del "pan divino" terminan los ensayos, y comienza el drama tremendo del amor impío que se ofrecen en holocausto ante el altar. Se ofrecen su vida, buscan el sellarse con la misma muerte que la cruz: la muerte horrenda, la que el último suspiro les arrebató el advenimiento de su aurora con las estrellas.

Después del "pan divino" los pueblos privilegiados, se comen el pan del desierto, al hoscocar el lobo de mar, y en un momento cae la vieja muralla de las aguas.

Palpita en todo esto, que no es sólo la realización, el verdadero sentido de la vida hasta los límites mismos de la muerte.

**Fusilamiento**

Pocos lectores habrán dejado de sentir un escalofrío de horror al imponerse del fallo pronunciado por los tribunales bolivianos en contra de 10 indígenas, convictos de graves delitos. "Dicha sentencia —dice el cable— condena a muerte al principal cabecilla y también a los otros nueve principales autores de los crímenes; pero, de acuerdo con la ley penal, sólo uno de estos nueve, después de un sorteo, será fusilado".

Si se piensa fríamente, sin duda que la ley es bondadosa ya que fusila a uno en vez de nueve; pero yo creo que me habría hecho menos impresión la muerte de todo el lote. Este sistema de fusilamiento por sorteo resulta más horripilante que una masacre.

Hay que imaginarse a los pobres indígenas asistiendo a esa extraña lotería en que cada cual se juega la cabeza. Es posible que el sorteo se efectúe en la misma forma que antes se realizaba el de las cédulas para el bachillerato. Cada reo meterá la mano temblorosa en la bolsa que le tienda el verdugo y sacará su número, deseando de todo corazón que no sea el "premiado", el "único premiado" en la rifa macabra. Los indios de mala suerte, los que en los sorteos corrientes sacaban esas cifras anodinas que nada significan, serán los menos asustados; pero el indio de buena suerte, el indio que guiado de un ciego impulso, sabía elegir entre mil el número predesti-

se le admira y se le quiere. Se le admira por su saber, por su dedicación para servir los ideales de su vida intelectual, por el estricto concepto del deber, que ha sido una lección constante y alentadora. Y se le quiere por su caballerosidad, por su fino don de gentes y hasta por su buen humor, propios de un perfecto "gentleman". Ha sido, en nuestra vida periodística, el compañero que infunde respeto y despierta incondicional simpatía.

Además, de los aspectos señalados, el señor Silva de la Fuente, poseedor de una gran cultura literaria y filosófica y amante de los estudios gramaticales y lingüísticos, en medio de sus afanes de diarista, ha cultivado también la novela, el cuento y el humorismo. Hoy que se libera de las pesadas y agotadoras tareas de la prensa, hay derecho a esperar para que su bello talento de escritor retorne a las preocupaciones, a los sueños de su juventud. Porque los hombres de su temple no sienten la necesidad del reposo, y quien ha servido a su país con tan elevado celo puede darse ahora una satisfacción personal, cultivando las bellas letras. El arte literario nacional lo reconquista para sí y nos hace esperar que esa dedicación consagrada hasta ahora al periodismo, fructifique en el futuro en obras y estudios que enriquezcan nuestra cultura.